

CANTERA



CUERPO

¿Qué es un cuerpo? ¿Por qué durante siglos quisieron negarnos el placer de ser corpóreos? ¿Por qué estamos siempre en busca de otros cuerpos? ¿El cuerpo es forma, da forma, o está en forma?

Este número ha sido tomado por distintos cuerpos textuales que rechazan, afirman, desean, buscan y desarticulan cuerpos físicos. Lo erótico, el dolor, el placer, lo que miramos y lo que no queremos mirar. Así, el cuerpo se exhibe en este número. Y busca tu cuerpo que lo lea.

CANTERA

Revista Literaria

Número 5 - Julio 2015

www.revistacantera.com

@revistacantera

Editor principal

Alejandro Arturo Martínez

Editor adjunto

Gabriela La Rosa

Portada

Flores Solano

Diagramación

Alejandro Arturo Martínez

SUMARIO

6

Don't be a pussy

Enza García

8

Uno ve como acaricia

Gaby Mesones Rojo

11

Fragmento de *Balnearios de Etiopía*

Javier Guerrero

13

Poema de *La tumba del marinero*

Luna Miguel

14

Ilustraciones

Flores Solano

16

Mamá te he mentado

Héctor Hernández Montecinos

18

ELECTRA, CLITEMNESTRA

Magali Alabau

COLABORADORES

Enza García (Venezuela, 1987) es narradora y poeta. Ha publicado los libros de cuentos *El bosque de los abedules* (2010) y *Plegarias para un zorro* (2012), y el poemario *El Animal Intacto* (2015). Varios de sus relatos han sido incluidos en diversas antologías y revistas nacionales e internacionales.

Gabriela Mesones Rojo (Venezuela, 1989) nació en un hospital de abortos poco después del Caracazo. Escribe de cine para justificar ver tres películas al día y escribe narrativa para justificar la vida misma. Ha colaborado en revistas españolas (Cine Maldito, Ochoquince, Way Out); en revistas latinoamericanas (Ovnibus, Scifiworld, entre otras) y en numerosas publicaciones venezolanas. El cigarro es su pastor y Dios debe ser algo así como Guadalupe Nettel.

Javier Guerrero (Venezuela, 1977) es doctor en Latin American Studies por la Universidad de New York. Actualmente es profesor asistente en la Universidad de Princeton. Fue presidente de la Cinemateca Nacional de Venezuela y curador de numerosas muestras internacionales de cine. Coeditor del libro *Excesos del cuerpo. Ficciones de contagio y enfermedad en América Latina* (2009, 2012), del volumen doble *Cuerpos enfermos/Contagios culturales* (2011) y del libro *Tecnologías del cuerpo: exhibicionismo y visualidad en América Latina*. Es también autor de la novela *Balnearios de Etiopía* (2010).

Luna Miguel (España, 1990) es una muy conocida poeta y editora española. Ha publicado *Estar enfermo* (2010), *Poetry is not dead* (2010), *Pensamientos estériles*

(2011), *La tumba del marinero* (2013) y *Los estómagos* (2015). Escribe en Playground Magazine, y también ha publicado en El País, Nylon, Público y S Moda. Asimismo ha publicado diversas antologías de poesía. Es editora en El Gaviero Ediciones.

Héctor Hernández Montecinos (Chile, 1979) ha recibido numerosos premios por su trabajo poético, entre los que se destacan el Premio Mustakis, y el Premio Pablo Neruda. De su proyecto total, *Arquitectura de la Mentalidad*, que consiste en tres monumentales trilogías, dos ya han sido publicadas, *La Divina Revelación* (2011) y *Debajo de la Lengua* (2014). Ha publicado cerca de una treintena de libros recopilatorios de su obra en una decena de países. Actualmente realiza el doctorado de literatura en la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Magali Alabau (Cuba, 1945) es poeta, actriz y directora teatral. Vive en Nueva York desde 1966 huyendo de la represión cubana. Fundó el Teatro Dúo junto con Manuel Martín Jr. Ha publicado numerosos libros, entre los que destacan *Electra y Clitemnestra* (1986), *Liebe* (1993) y *Volver* (2012).

Flores Solano (Venezuela, 1988) Su acercamiento al arte se realiza de manera espontánea y autodidacta. La Academia lo cataloga como Licenciado en Administración, pero prefiere presentarse como un Pintor Sangrista. Su obra se resume como mística, introspectiva y apasionada.

Más sobre los colaboradores en
www.revistacantera.com

Don't be a pussy

ENZA GARCÍA

Anoche en una película
a un hombre cobarde le dijeron
Don't be a pussy

y yo me dije que todavía es necesario
aclarar ciertos asuntos:

El sexo de una hembra humana
puede convivir con sus propios hongos
y con un pozo de sangre

puede pasar la vida recibiendo allanamientos
y por tanto
puede tragarse el semen de toda la tribu
y seguir respirando

un coño se puede comer un pene de plástico
una mano, un bate, otro coño
y de paso puede parir un hijo

una totona puede amarse con un calamar
con una boca mentirosa o con un fantasma

quizás lo peor del sexo de la hembra humana

es cuando insiste en actos de fe
y contrae sus paredes como si pudiera extraer
el veneno a la fállica soledad del mundo

¿no es eso perverso, acaso?

y puede quedarse calva y seguir cantando
puede abandonarte en su alfabeto
mientras habla de otra persona y levanta
un monumento para que se caguen las palomas.

Sí, es cierto:
advíértanle a los hombres que no sean
como el sexo de la hembra humana
puede que se traguen a sí mismos
y no lo soporten.



Dibujo de Enza García

Uno ve como acaricia

GABRIELA MESONES ROJO

Ahí estaban otra vez. Con el cuerpo todo tenso y brillante encima de la mesa. Ella le hablaba al oído y yo me imaginaba que le estaba diciendo “cógeme papi, dale, cógeme así”, aunque realmente pudo haber estado diciendo cualquier cosa. Pudo haber estado diciendo “esto está tan rico como unos espagueti boloñesa”, o pudo haber estado susurrándole al oído que hiciera silencio porque los niños iban a escucharlos. También pudo haberle estado diciendo que recordara vaciar la lavadora al terminar, o que le diera más duro, o más suave, o simplemente más. Pervertidos todos.

Siempre me gustaron los sitios con ventanales amplios. Al principio pensaba que era por la calidad de la luz, pero realmente es porque creo que las ventanas grandes le abren la mente a uno. Desde la ventana uno es como Dios. Digo como Dios, y no Dios, porque uno se puede parar ahí con el pecho lo más grandote posible, a verlo todo, y aun así, realmente, no eres Dios. Ojalá lo fueras. Pero, sí que lo ves todo sin excepción, y eso te acerca un poquito a todo lo celestial. ¿Será eso? ¿Será que Dios es realmente el gran voyeur?

En fin, la ventana de la sala siempre fue mi sitio favorito. Desde ahí veía a los que limpiaban la calle en la madrugada, como fantasmas con camiones que recogen el desastre de la gente como yo. Veía a la anciana del piso 5, cenando sola todas las noches, pero sirviendo dos puestos en la mesa. Llenaba dos copas de vino y brindaba con el aire, con una sonrisa que no era sonrisa, pero sí que lo era. Después lloraba hasta que se quedaba dormida. Al principio me pareció la vieja más triste del mundo. Pero su sueño siempre era tan placido como el de un bebé borracho. Yo no duermo así de bien. Nunca pude. Aunque en cierta forma me gustaba verla, su vida era lo más inapetente del mundo. Era una mujer solitaria y patética, y ver su vida era como ver una película aburrida, de esas que hacen que te duermas y se te salga la baba.

Esta pareja, la de la boloñesa y la lavadora, también era aburrida. Mamá y papá tenían una vida tediosa, y cualquier persona que los viera con placer estaba en vainas raras. Sus días se me hacían interminables, pero tenían a los niños. Y mientras mamá y papá estaban ahí frotándose los unos con los otros y diciéndose guarradas al oído, los niños estaban persiguiéndose en el piso de arriba. Habían hecho una cueva de sábanas y estaban corriendo mientras movían histéricamente unos tubos de plástico por el aire. Eran soldados y defendían el palacio, y ambos se veían hermosos, riéndose y con los tubos en sus diminutas manos. Y mientras tanto, Papá le metía el dedo en el culo a mamá y ella le susurraba cosas al oído y se tocaba los pezones. Eventualmente papá le sacó el dedo del culo a mamá, y los niños siguieron agitando los tubos, gritando y riendo y haciéndose cosquillas. Eran espléndidos.

No era la primera vez que veía a mamá y a papá perverseando por ahí. La semana pasada los había visto en el carro; ella montada encima de él, moviéndose lento, con ojos que parecían fuego y los pezones todos filosos bajo la camisa. A los niños, en cambio, los veía todo el tiempo. A él lo llamaremos Alvin, como la ardilla, y a ella la llamaremos Sofía, “cómo la diosa de la sabiduría”, me dijo alguna vez un pendejo. Alvin era pequeño y con el pelo cortado como si fuera un flequillo de celofán; y Sofía tenía el pelo hasta la cadera, brillante y sedoso. Siempre pensé en decorarle la cabeza con diamantes e hilos de oro, como si fuera una faraona hija del sol y la luna. Alvin estaría a su lado, gobernando desde un trono de hierro forjado y esmeraldas, con su voz aguda y su sonrisa malvada. Ese sería mi regalo.

Eran unas criaturas benditas, y mamá y papá jamás los entendieron. Una vez pude ver a Sofía, viéndose en el espejo mientras se tocaba la barriga. Apretaba por un lado y apretaba por el otro, y yo lo que me imaginaba era que Sofía estaba pensando que estaba gorda. Seguro empezó a ver los cuerpecitos de sus amiguitas y por alguna razón se sintió mal; y ahora estaba ahí frente al espejo con cara de preocupación y unas pantaletitas rosaditas bien bonitas. Rosaditas con florcitas azules, imaginé después. O quizás eran ositos con lazos blancos. Así era Sofía de tierna y de mansita. Tan chiquita como para tener unas pantaletitas rosadas de ositos con lazos



Fotografía de Cheché Díaz

blancos bañándose en una lluvia de flores azules.

Sofía me preocupa. Está viviendo cosas muy duras y nadie la entiende. Yo la entiendo claro, nadie la entiende sino yo. Mamá se la pasa dando vueltas alrededor de papá, como una leona buscando presa; y cuando no, se la pasa hablando por teléfono, mordiéndose los labios y riéndose como lo hacen las tremendas. Cuando no estaba caminando, moviendo las nalgas de forma exagerada, estaba cabalgándose al esposo.

Y papá, papá no se iba a quejar. Papá era el hombre más feliz del mundo. Tenía a ese mujerón en la cama, y tenía esos dos hijos magnificentes que no sabían nada acerca de sus depravaciones. Yo tampoco me quejaría. Aunque si yo fuera papá, creo que me gustarían como más tranquilas, más inexpertas. Que tengan ese brillito en los ojos cuando les empiezas a tocar el clítoris así bien lento y bien suavcito. Que sonrían como si les estuvieras mostrando la entrada a El Dorado.

Sofía iba a terminar así también. Era la desgracia más absoluta, imaginármela retorciéndose por todos lados mientras le chupaba los dedos a uno de estos tipines fortachones, pero retardados. Sería de las que se montan encima y no dejan de hacer lo suyo hasta que estés ahí con los ojos medio blancos y la baba por todos lados. Sofía se iba a convertir en una de esas mujeres que te tienen el cuerpo cartografiado, y que saben qué hacerte y cómo hacértelo y cuándo hacértelo. Iba a moverse por el cuerpo de los hombres como si fuera un gato trepándose por la espalda de un niño. Era una calamidad. Ay, mi pequeña Sofía.

Yo sí que me quejaba. Pensaba en Sofía y en Alvin bajo el mandato de esos degenerados. Papá y mamá tenían ahí en la casa a esas dos pequeñas criaturas, tiernitas, tiernitas; con esas son-

risas chiquititas y los dientes de leche. No les importaba en absoluto. Les importaba más empezar a tocarse en la sala, meterse los dedos en el culo y lamerse por todos lados. Era una locura. En la cocina. En la sala. Seguro también en el baño, en el comedor, la puerta de entrada y en el ascensor. Como si esa mujer no fuera madre. Como si ese hombre no fuera padre de familia. No hay derecho. Ningún tipo de derecho.

Sofía ya había estado en pantaletitas rosadas frente al espejo, viéndose obsesamente la panza y nadie, sino yo, se había dado cuenta. Mamá seguía ahí vuelta loca buscando fiesta en cada segundo de soledad. Y papá; pues él feliz. Él qué va a saber nada de verse obsesamente la panza.

Había pensado en acercarme a Sofía. Verla de cerca y tocarle los pelitos de los brazos. También le podía tocar la panza y decirle que era hermosa, la panza más bella de todos los planetas de las galaxias. Y Sofía tendría que confiar, claro, en mi mirada más que en mis palabras.

Tengo que asegurar que los ojos no se me van a poner todos locos cuando la vea; y también tengo que asegurar que no haya nadie cerca para vernos a nosotros. Nadie estaría invitado a tan importante ocasión. La gente está toda muy loca y ya nadie duda en caerte encima como lobos. Yo te digo hermano, es como si pensarán que uno ve como acaricia. Piensan que tienen derecho de gritarte si estás ahí en el parque con la mirada fija. Piensan que van a llamar a la policía aunque estés ahí todo mansito sin tocar ni una mosca, solo porque te sientes a gusto con la mirada. Todo el mundo ve y todo el mundo toca. Pero yo, yo no tengo derechos. Yo me tengo que arrancar los ojos con dos pinzas calientes, y ahí sí, todos contentos.

Si te digo la verdad, yo sé que jamás le podré tocar la panza a Sofía. Voy a tener que verla desde acá, a la distancia, hasta que ella, como la mamá, se empiece a cabalgar a sabe Dios qué calamidad de ser humano. Seguro es uno de estos hombres que, efectivamente, le dice que está gorda. Pero, al menos hoy la veo, y lo pienso: qué panza tan hermosa, Sofía. Qué piernas tan preciosas y qué piel tan exquisita. Qué ojos tan brillantes y qué dientes tan diminutos. Qué cabello de princesa y qué sonrisa tan blanca. Qué cachetes tan esponjosos, adornados por una galaxia de lunares. Qué uñas tan suaves. Qué buen lejos tienes, Sofía.

Sofía hoy no aparece, no la he visto ni un segundo y temo que se haya ido de esa casa de perversión. Qué miedo me da levantarme un día y que Sofía ya no esté. Algún día se irá a la universidad; y se casará, y tendrá en su casa un hogar similar al que yo veo por la ventana. Tendrá una vida igual a la de mamá y papá. Y yo no estaré ahí para verla. Sofía, aparece, por favor.

Su puerta se abre.

Instantáneo relámpago.

Tu aparición. Oh, Sofía.

Fragmento de *Balnearios de Etiopía*

JAVIER GUERRERO

En Etiopía, nos desplazamos a una playa de marea alta y arenas movedizas. Hacía un sol potente y mis hermanitas decidieron que debía broncearme, que el color de la enfermedad no me venía nada bien. Coloqué la toalla zafiro en la arena mojada y me acosté. Mis hermanitas llegaron con bebidas refrescantes para luego tumbarse tiernamente junto a mí. Me incorporé un poco, me mojé los labios con los líquidos y empecé de golpe a percibir un aroma que recordaba. Miré hacia los lados pero no atisé ningún movimiento, ni el más leve. Volví a mi posición inicial y el olor me cobijó protegiéndome de los despiadados rayos solares de Etiopía. Abrí los ojos nuevamente y pude ver que muy cerca de donde nos encontrábamos, había acampado la tribu desvergada.

Una vez más era custodiada por sus aves exuberantes de exquisitos perfumes. Observé en detalle cómo sus cuerpos intactos exponían claramente la falta. No se percataron de que estábamos en la misma playa. En lugar de vergas, mostraban un tejido liso, sin cavidad alguna. Comencé a ver bien la belleza de estos cuerpos ilesos y pronto encontré que eran superficies abultadas, que a pesar de su visible seducción no me generaban erecciones. Al pensar en esto, la desértica playa comenzó a ser ocupada por la tribu de hombres diminutos y vergas estupendas. Confirmé que estábamos en una zona nudista.

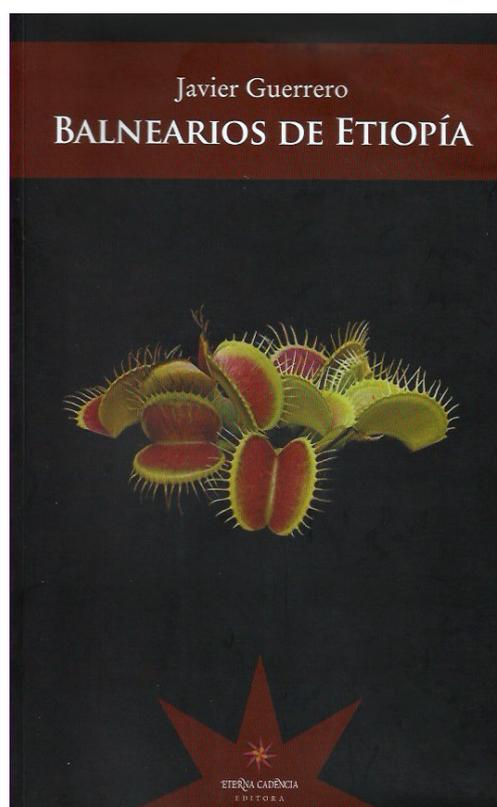
Lázaro fue por más carne. Se acercó hasta la tienda del centro. Los mostradores goteaban de sangre por la ya ausente marabunta. Las carnes se habían agotado. Recorrió todas las carnicerías, incluso las de nuestro barrio, sin mayor éxito. Solo en un matadero lejano encontró carne de cerdo. Lázaro compró toneladas. Recordó la voz del noticiario matutino y volvió a casa con quince paquetes.

La plaga estaba siendo combatida. Se pedía que al día siguiente nadie saliera a la calle de no tratarse de algo urgente o muy necesario. Esparcirían por la ciudad un producto para engañarlas. Era una tierra con olor a carne, aroma altamente gratificante para ellas, que al ser deglutida paralizaría el frágil sistema digestivo de tan peligrosa especie. El alcalde de mi ciudad ordenó que aquellos que hubieran domesticado a sus matas o sintieran piedad por ellas (lo cual acarrearía el deber de alimentarlas a diario) debían transplantarlas al interior de sus casas. Una alerta importante: a los dueños de perros y gatos les correspondería abstenerse de sacar a pasearlos por una semana, a menos que se tratara de especies con un alto umbral de obediencia. Todo quedaba a juicio del ciudadano. Quienes cumplieran las leyes a cabalidad y tuvieran mascotas, debían solicitar un servicio especial de limpieza que la alcaldía costeaba en su totalidad. Las líneas telefónicas estaban disponibles las veinticuatro horas.

En todas partes, comenzaron a lanzarse estos seres esqueléticos de grandes mástiles.

Por supuesto, el hedor vino con ellos y también los pájaros de cuero negro que me picoteaban incesantemente el pelo. Mis hermanitas se taparon la nariz e ingresaron al mar para preparar una nueva coreografía.

Yo veía que la playa se sobrepoblaba, incluso en mi campo zafiro ya se habían apiñado trece hombres. Peor el lugar que ocupaban los desvergados era exclusivo y nadie podía acercarse. Los de allá se frotaban bronceadores lechosos acostados en cómodas tumbonas, los de acá se untaban aceites unos sobre otros. ¿Qué hacía yo allí? ¿Por qué tenía puesto el traje de baño? Cuando intenté quitármelo para estar a tono con el lugar, vino el terror. Encontré que llevaba las carnes de mi madre. Vestía su bikini preferido (uno turquesa) y sus senos, ahora míos, caían como mangos verdes por falta de cuidado. Era un terreno desconocido. No daba crédito de lo que sucedía. Me había sido transplantado el cuerpo de mi propia madre.



Malayalam llegó perturbada al claustro. Me comentó, con lágrimas en los ojos, que había recordado una escena infantil que la entristecía. Un día, cuando era niña, vio que su madre (también enfermera como ella) se había manchado de sangre el uniforme blanco a nivel de la entrepierna. Al advertir cómo se colocaba lo que luego supo que era una toalla sanitaria, Malayalam —mínima— le preguntó:

—¿Por qué sangras, mamá?

La madre descubrió con sorpresa a su hija, bajó la mirada y se palpó el vientre diciendo:

—Porque aquí tengo un pedacito de carne a la que le da por llorar una vez al mes.

La niña sin pensar le replicó, mientras la madre seguía tocándose el bajo el vientre:

—¿Y por qué llora, mamá?

Sin dudar, la madre le respondió:

—Porque no puede salir, mi amor... por eso llora.

Guerrero, Javier (2010). *Balnearios de Etiopía*. Buenos Aires: Eterna Cadencia. Páginas 79-82.

Poema de *La tumba del marinero*

LUNA MIGUEL

El útero de mi tía tiene forma de sogas. Las sogas, como las pulseras plásticas de las niñas que venden en los chinos, tienen formas de animales perfectos. El útero de mi tía Lourdes es un animal perfecto: huele a estiércol y a hierba mojada y a veces se lo comen las moscas. A mi tía le han quitado un trozo de útero y no se va a morir pero le duele. No se va a morir pero le asusta. A mi tía le han quitado el útero y yo, que soy una mala sobrina, no he ido a visitarla. Los hospitales me dan miedo. Tanto que a veces prefiero no ir a ver a mis seres queridos, opto por decir *hola, tía, estoy ocupada*, opto por mentir, *hola, tía, estoy ausente*. La primera vez que me quedé a dormir en un hospital, fue para cuidar a mi abuela después de su duodécima operación. La primera vez que me quedé a dormir en un hospital mi abuela se cagó encima. La habitación comenzó a apestar. Llamé a las enfermeras para que limpiaran pero no venía nadie. Abracé a mi abuela, que lloraba de vergüenza. Pero su peste solo me provocó amor. Su mierda era mi amor por ella. Mi cara relajada, mi ceño sin fruncir, era su amor por mí. El fin del mundo tiene que ser algo parecido a esto, pensé: estar al lado de alguien a quien amas cuando todo lo que te rodea apesta a final infeliz.

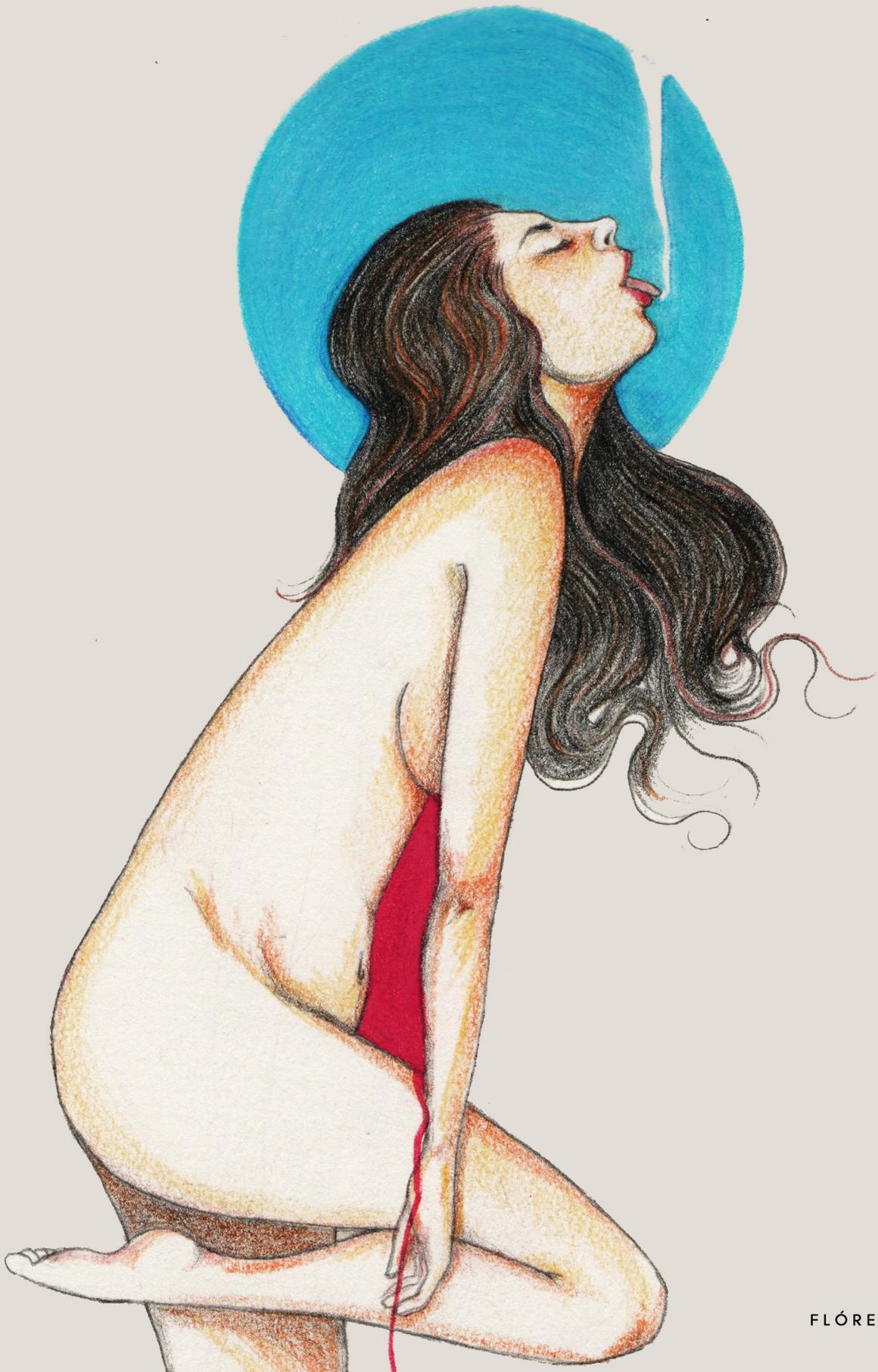
El fin del mundo debería ser así.

Dos personas abrazadas en mitad del desconcierto.

Tranquilas pero tristes.

Con lágrimas pero soportando.

Miguel, Luna (2013). *La tumba del marinero*. Córdoba: La Bella Varsovia. Páginas 100-101.





Mamá te he mentido

HÉCTOR HERNÁNDEZ MONTECINOS

Mamá te he mentido.
Te he ocultado estas palabras.
Las tenía entre mis manos.
Y mis manos esta noche sangran como esos volcanes.
Tú sabes que mi sangre es tonta.
Huele feo y su color está muerto.
Como las palabras estas que te he ocultado mamá.
No le cuentes a los niños.
Muerde tu boca.
Comprime tu lengua azul del color de los pantanos.
Esto es un secreto.
No me gustan los secretos.
En la noche cuando duermo se suben a mi cama.
Me muerden la entrepierna.
Hurguetean en el calorcito que vive entre mis dedos.
Los secretos me hicieron llorar mamá.
No puedo aguantar más.
Se metieron por mis oídos y los hicieron sangrar.
Entraban de a poco.
Como si quisieran devolverse para vengarse.
Luego agrandaron el paso y el pelo se levantaba.
Los secretos mamá hacen daño.
Si quieren subirse a tu cama patéalos en la cara.
Arañarán tus recuerdos bonitos.
Picarán la linda mirada que tienes al dormir.
Mi secreto mamá es sobre los niños.
Uno de ellos se ha tendido junto a mí.
Esperó a que me durmiera y tomó mi mano.
Yo tenía miedo pero a mis dedos le gustaba.
Quería soltarme y esconderme en una de las nubes.
Pasaban de a dos sobre nosotros.
Comenzó a respirar más y más más fuerte.
Mi corazón también respiró como él.
Es un secreto muy grande mamá.
Llevo tres noches sin dormir.
Y los días no alcanzan al sol que huye de su rabo.
Ese niño de los niños balbuceaba algo.
Se acercaba a mi boca y mis dientes temblaban.
Yo pensaba que se caerían por el cuello.
Pero en el cuello sus dedos iban subiendo.

Quería huir de ahí mamá.
Pero también me quería quedar.
Me dijo que me daría un secreto.
Me lo dio en los labios.
El secreto entró poco a poco.
Se hizo paso y quería dormir en mi pecho.
Atravesó entre los nidos de las ratas.
Atravesó entre las madrigueras de arañas llenas de leche.
El secreto de ese niño era dulce.
Pero también me hacía arder todo el cuerpo.
Mamá yo no sabía lo que eran los secretos.
Ahora lo sé y te lo cuento esta noche.
Esta noche en que he decidido morirme.
No me mates tú esta vez.
Tomaré el secreto y yo mismo desapareceré.
El niño ese me acompañará para no dudes de mí.
Me iré con él y se lo devolveré bajo estas mismas constelaciones.
Te lo juro mamá.
Verás que lo hago y tu lengua sanará de los pantanos.
Estarás orgullosa de mí.
Cuando vaya al río yo lo seguiré.
Esconderé su ropa en las copas de los árboles.
Y el frío calará su piel entre las hojas de colores.
Le daré las manzanas más grandes.
Y sus manos se cansarán antes que las mías.
En la noche lo asfixiaré con mi vaho.
Para robarle el poco aire de aquellas montañas.
Pasaré años junto a él.
Sólo para reírme cuando le duelan los huesos.
Y cuando ya no oiga nada le diré cosas bonitas al oído.
No sabes cuánto odio a ese niño mamá.
Lo odio por haberme dado su secreto.
Te he escondido estas palabras hasta hoy.
No quise decírtelas mientras volabas.
Éste es mi secreto.
El que ese niño malvado puso en mi corazón.
Perdóname mamá.
Ya no soy un niño.
No te pertenezco.
Mi vida es la ruina que nos queda.
Todo ha desaparecido entre tú y yo.
Perdóname mamá por dejarte para siempre.
Esta noche es la última noche que soñaremos bajo una misma noche.
Éste era mi secreto.
Nunca lo olvidarás.
Nunca lo olvidarás mamá.

ELECTRA, CLITEMNESTRA

MAGALI ALABAU

El viento suena hondo.
El mar de Micenas acalla su ronquera,
es un volcán en vilo.
Medusa anda en las colinas,
sus serpientes se inflan
y se inflan.
La tapia oscura que todo lo cubre
está mirando,
riendo a carcajadas.
Medusa saca sus pezuñas y las clava en la arena.
Medusa abre y cierra las pestañas.
Su boca es un cordón ancho hacia la guerra.
Al cuarto va,
a inundar la fortaleza.
Abre la puerta
y se menea y se menea.
Furia, cráter,
muerde los muebles, el piso
como una pantera con agallas.
Los ojos van arriba,
van de lado,
van a todas partes.
Menea su lomo, su cresta en cada filo.
El cuarto es un fuego gigante,
y en el trono de soledad
Clitemnestra se sienta.
Siente la lengua de Medusa en los pies,
en los senos.
Sus pezones se hacen fuentes.
El placer entra.
Medusa la restriega y la desnuda,
la sacude y la alza.
Se le monta en el cuello,
le embarra la cara.
Lengua con lengua,
espuma roja, espesa.

Los labios queman, arden las orejas.
Tantas serpientes en un clítoris,
tanta blandura fuerte, sedienta.
Las rostros se lamen;
los ojos se encuadran.
Las dos fieras se miran.
Se tiran en una cama larga.
Medusa monta un caballo largo
y el techo las aplasta
y se unen
y se unen
y se aman.
Medusa le entra por la boca,
por la espalda, y grita.
Cada serpiente ocupa un orificio.
Clitemnestra ladra.
Sus brazos amarrados a la gran cabeza desangran.
Dos mujeres vibran, se amoldan,
mueren abrazadas,
y ya no hay heridas ni cráteres.
Micenas renace.
El sol apunta y clava su fuego en una cama mojada.
Ruinas de unión descenden por las puertas
como una capa espesa escapando hacia afuera.
Las escaleras gimen y ríen, crujen,
el placer las desploma.
La leche de las dos se junta en una sola
y baja hacia el mar.
Clitemnestra ha entregado sus senos duros.
Clitemnestra ha recibido manos y manos
y carne en los labios.
Su boca está seca, la cintura delgada.
En medio de la perfección vuelve la cabeza
a dar el último beso de la noche
y ve a Electra.

CANTERA

REVISTA LITERARIA

1. f. Sitio de donde se saca piedra, greda u otra sustancia análoga para obras varias.
2. f. Talento, ingenio y capacidad que muestra alguna persona.
3. f. Lugar, institución, etc., de procedencia de individuos especialmente dotados para una determinada actividad.
4. Revista literaria

www.revistacantera.com

@revistacantera